

que el obispo le diese crédito. Mas al día siguiente, que era lunes 11 de Diciembre, no pudo Juan Diego volver á aquel lugar, porque cuando llegó á su pueblo halló gravemente enfermo á un tío suyo, llamado Juan Bernardino, á quien amaba mucho y le tenía en lugar de padre: empleó, pues, aquel día en llamarle un médico de los suyos y hacerle diferentes medicinas: agravóse en la noche el enfermo, y pidió á su sobrino que muy de madrugada fuese á Santiago Tlalotelco, á llamar á uno de los religiosos que le administrase los santos sacramentos, porque conocia bien que su enfermedad era mortal.

En efecto, saliendo nuestro neófito, al amanecer del miércoles 12, á cumplir el encargo de su tío, llegó cerca del sitio en que le habia hablado la Santísima Virgen; y corrido de no haber vuelto el día anterior á su mandado, cogió candorosamente otra vereda que seguia mas abajo á la falda del monte, proponiéndose salir de aquel apuro, y volver luego á buscar á la Señora; mas al pasar por un sitio donde mana una fuente de agua aluminosa, vió bajar de la cumbre del cerro hasta aquel punto á la Santísima Señora, que saliéndole al camino le dijo: “¿A dónde vas, hijo mio? ¿Qué camino es el que has seguido?” Quedó el indio confuso y temeroso, y postrándose en tierra le respondió con grande turbacion: “Niña mia muy amada, Dios te guarde, ¿cómo has amanecido? ¿Estás con salud? No tomes disgusto de lo que voy á decirte. Sabe, dueño mio, que está enfermo de riesgo un siervo tuyo, que es mi tío, de un accidente mortal, y porque se ve muy fatigado, voy de priesa á Santiago Tlalotelco á llamar un sacerdote que venga á confesarle y á olearle: que en fin nacimos todos sujetos á la muerte; y despues de haber hecho esta diligencia, volveré por este lugar á obedecer tu mandato. Perdóname, te ruego, Señora mia, y tenme una poca de paciencia, que no me escuso de hacer lo que me mandas, ni es disculpa fingida la que te doy: mañana volveré sin falta.” Oyó María Santísima con semblante apacible la disculpa del indio, y le dijo de esta suerte: “Oye, hijo mio, lo que te digo ahora: no te moleste ni aflija cosa alguna, ni temas enfermedad, dolor ú otro accidente. ¿No estoy yo aquí que soy tu madre? ¿No estás bajo de mi sombra y amparo? ¿No soy yo vida y salud? ¿No estás en mi regazo y corres por mi cuenta? ¿Pues qué mas necesitas? No tengas pena ni cuidado alguno por la enfermedad de tu tío, que no ha de morir de ese achaque, y ten por cierto que ya está sano.” Así

fué en realidad como lo vió despues el dichoso Juan Diego. Consolado éste y satisfecho, dijo á la Señora: “Pues envíame, Señora mia, á ver al obispo, y dame la señal que me dijiste para que me dé crédito.” Díjole entonces María Santísima: “Sube, hijo mio muy querido y tierno, á la cumbre del cerro en que me has visto y hablado; corta las rosas que allí hallares, recógelas en el regazo de tu capa, y traelas á mi presencia, que yo te diré lo que has de hacer y decir. Obedeció el indio sin réplica, aunque sabia de cierto que no habia flores en aquel lugar, por ser todo peñascos, en cuyas quiebras no se producian mas que espinos; mas llegado á la cumbre, halló un hermoso vergel de rosas como las de Castilla, frescas, olorosas y con rocío; y poniéndose la manta ó tilma como acostumbran los naturales, cortó cuantas rosas pudo abarcar en el regazo de ella, y llevólas á la presencia de la Santísima Virgen que le aguardaba al pié de un árbol. Aquí fué seguramente donde por una obra milagrosa se pintó en la tilma del indio la Santísima Señora; porque hincado Juan Diego ante su Magestad le mostró las rosas que habia cortado, porque cogiéndolas la Señora, las volvió á echar en el regazo de la tilma, y dijo al indio: “Ves aquí la señal que has de llevar al obispo, y le dirás que por seña de estas rosas haga lo que le ordeno; y ten cuidado, hijo, con esto que te digo, y advierte que hago confianza de tí: no muestres á persona alguna en el camino lo que llevas, ni desplegues tu capa sino en presencia del obispo, y dile lo que te mandé hacer ahora; y con esto tendrá ya ánimo para poner por obra la fábrica de mi templo.” Dicho esto, le despidió la Virgen Santísima. Lleno de júbilo el indio, y prometiéndose buen suceso, traia con gran tiento las rosas sin soltar ni una, y mirábalas de cuando en cuando, gustando de su fragancia y hermosura; mas no veia la imágen, sea porque las mismas rosas la ocultaban, ó porque Dios no se lo permitia, ó porque aun no se hubiese pintado hasta el momento de desplegar la capa en la presencia del obispo, como creen muchos.

Llegado al palacio episcopal, sufrió la dilacion acostumbrada y aun la grosería de los familiares, que á pesar de su resistencia quisieron ver lo que llevaba, y le hicieron tal fuerza que algo descubrieron de las rosas: viéndolas tan hermosas, quisieron coger algunas; mas no lo consiguieron; porque al aplicar las manos por tres veces les pareció que no eran verdaderas, sino pintadas ó tejidas con arte en la manta. Dieron entonces noticia de todo al obispo,

*talope*. Este parecer es en nuestro juicio muy discreto y fundado; y mucho mas con la comprobacion de muchos nombres propios mexicanos de lugares y villas que el trascurso del tiempo ha corrompido, como son por ejemplo los que cita el mismo Becerra, de *Tacubaya* en que vino á parar el nombre mexicano *Atlahuilaco-loayan*, que significa *lugar donde tuerce el arroyo*, como es verdad; *Cuernavaca* en que se convirtió el *Quauhnahuac* que pronunciaban los indios, y significa *cerca de la arboleda*; y así de otros.

He aquí el portentoso suceso de la aparicion de María Santísima del Tepeyacac: suceso que engrandece tanto, ennoblece y distingue á la Nacion Mexicana, que no dudó la santidad del Señor Benedicto XIV, aplicarle aquel verso del Salmo 147: *Non fecit taliter omni nationi*: No hizo cosa como ésta con otra nacion: siendo de notar, que el oráculo del Vaticano, distinguió muy bien el suceso por sus efectos, no atribuyéndolo á favor particular, hecho á una alma santa por premio de su virtud, sino asignándolo á toda una nacion; en lo que manifiesta la entera creencia que dió á todos los particulares de la aparicion, entre los cuales se distinguen la ereccion del templo, y la declaracion que hizo la Santísima Señora, de que lo disponia *para mostrarse en él madre piadosa de aquel indio, y de sus semejantes, y mostrar su clemencia amorosa y la compasion que tenia de los naturales y de aquellos que la amasen y buscasen, y de todos los que solicitasen su amparo y la llamasen en sus trabajos y aflicciones, y donde oyese sus lágrimas y ruegos para darles consuelo y alivio*. Estas palabras, pues, de la Santísima Virgen, y la ereccion del templo para los fines indicados, y la donacion de una Imágen milagrosa que la representase en el templo, y finalmente, el concepto que formó de todo el referido papa en la aplicacion bien entendida del testo que hemos dicho, comprueban muy suficientemente el aserto que hemos estampado antes, de que toda esta obra benignísima de Dios, puesta en ejecucion por su Madre Santísima, en que ella misma, que es la Medianera para con el Soberano Mediador Jesucristo, fué hecha el medio moral, se ordenó y dirigió para la conversion de toda la nacion mexicana, y demas pueblos idólatras de esta América, de las tinieblas de la idolatría á la luz del Evangelio, para cuya confirmacion tenemos aún dos testimonios, que son: el uno, haberse aparecido á un indio mexicano, diciéndole expresamente,

cuando él se escusaba del mensaje, que convenia que él fuese el que hiciese este negocio, y lo solicitase, y que con intervencion suya habia de tener efecto la voluntad y deseo de la Virgen Santísima; en lo cual se manifiesta claramente que la intencion de la Señora era atraerse la voluntad y el amor de los indios, cuya memoria y gran mayoría, se conservaba aún sumergida en la idolatría.

El otro testimonio que confirma nuestro aserto, es la eleccion del sitio en que quiso la Santísima Señora se le edificase el templo; pues en él puntualmente era donde los indios gentiles daban culto sacrilego á una diosa que llamaban *Teotenantzin*, palabra que significa *Madre de los dioses*, y por otro nombre *Toci*, que significa *nuestra abuela*; en lo cual aparece claramente, que el demonio, como enemigo de Dios y de su Madre Santísima, pretendió arrogarse el mayor atributo de esta Señora, que sola es la verdadera Madre del Dios verdadero, humanado en sus entrañas; y que la Divina Providencia, para desmentir el engaño de Satanás y borrar de la memoria de los indios tan impío y sacrilego culto, dispuso, vindicando la honra de su Madre, que esta Santísima Señora escogiese para sí este sitio; purificándolo, santificándolo, y haciéndolo célebre y famoso por el culto religioso que en él se le tributase. ¡Y qué otra cosa vemos en esto, sino el golpe maestro con que destruyó la idolatría, planteó la religion, instauró el culto, y enseñó á los ciegos adoradores de falsas divinidades, quién era su verdadero Dios, y quién la verdadera Madre del Dios verdadero.

A lo dicho se agrega la aparicion de la misma Virgen Santísima, y los milagros obrados para estamparse en la tilma del indio; pues en cuanto á lo primero, un favor tan singular y esquisito, debió llevar por objeto una empresa grandiosa, que en aquellas circunstancias no podia ser otra que la iluminacion del pueblo idólatra, y su agregacion á la iglesia: y en cuanto á lo segundo, es evidente que los milagros se han tenido por necesarios para la conversion de los infieles: en la predicacion del evangelio los obraron los apóstoles, comprobando con ellos la divinidad de la religion que anunciaban: aquí los obra la Santísima Virgen con el mismo fin. ¡Qué importa, pues, que Dios no hubiera concedido á nuestra América un predicador Taumaturgo, esto es, obrador de milagros, si los hacia por medio de su Madre? No por esto negamos que hubiera habido entre los ejemplares padres de la Observancia

franciscana, que fueron los ministros evangélicos que Dios envió para trabajar en la conversion de los indios, entre el piadoso y fervoroso clero, entre los celosísimos jesuitas, alguno ó algunos, que por su viva fé y extraordinaria santidad, obrasen milagros para confirmar su predicacion; pero, ¿qué, son, ó han podido ser, comparados con los famosísimos, que por la prodigiosa imagen de Guadalupe se han obrado, no solo en su principio, sino en mas de tres siglos que ha que existe tan singular efigie? ¿Cuál mas constante, mas notorio, permanente y esclarecido, que el de la conservacion de la misma Santa Imágen, por trescientos y trece años, estampada en la débil manta, tegida toscamente de pita de maguey, y colocada en un lugar salitroso y rodeado de lagunas, hallándose hoy tan hermosa y con tan vivos coloridos, como si llevase un corto tiempo de estampada, y siendo esta pintura sin aparejo, y en un tegido, que por serlo, no ofrece la solidez y firmeza de una tabla ú otro plano? Mas para qué es cansarnos, cuando nuestro aserto está probado por el efecto mismo; pues es constante, que como dice S. Cirilo Alejandrino, alabando á la Virgen Santísima con estas palabras: "Por tí toda criatura, detenida en el error de los ídolos, se ha convertido al conocimiento de la verdad, y los hombres han venido al bautismo, y en todo el orbe de la tierra se han construido iglesias; y auxiliándolos tú, vienen los pueblos á la penitencia." Nuestra inclita nacion mexicana, por María abandonó el culto de los ídolos, y vino al conocimiento del verdadero Dios; por María renacieron sus hijos en las aguas del santo bautismo; por María creció el culto, y se difundió por la América, y en toda ella se levantaron templos; por María finalmente, han venido los pueblos muchas veces á la penitencia, corregidos primero con las calamidades, y socorridos despues por su insigne protectora, para que no perecieran, sino que se convirtiesen y viviesen, apartado el escándalo y reformadas las costumbres.

En efecto, fué así como se ha dicho; consta por monumentos históricos de los pueblos indígenas, en las tablas, con que por medio de figuras, representaban los sucesos, que la maravillosa aparicion de Ntra. Sra. de Guadalupe, hizo en los ánimos de los naturales la impresion que era de esperarse de una obra tan misericordiosa y ran propia del Dios que mueve los corazones de los hombres; ellos, por el medio dicho, pusieron en sus anales el portentoso suceso, y su tradicion se conservaba con todas sus circunstancias

en los cantares, que á manera de himnos ó salmos, cantaban al son de instrumentos músicos en las danzas, que ya convertidos, tenían en obsequio y celebridad de la Santísima Virgen de Guadalupe; como todo lo atestiguaron algunos sacerdotes, que por ser curas de almas, tuvieron necesidad de aprender el idioma mexicano, y hablarlo corrientemente con los indios. Así éstos, como otras personas de mucha probidad, y muy instruidas ya en los varios idiomas de los indios, y ya en su calendario y en sus tablas cronológicas, han trasmitido á la posteridad la noticia de este insigne suceso; á saber, que la conversion de los indios y la docilidad y buena voluntad con que en lo sucesivo se unieron y aliaron con sus conquistadores, recibiendo con especial veneracion á los ministros del Evangelio, que los instruian y bautizaban, se debe a lo mucho que obró en sus corazones el especial favor de María Santísima, dispensado á toda su nacion. Y cuando no lo dijieran, ¿faltaria quien lo dijese? ¿No alzaria la voz y predicaria esta gloriosa hazaña de María Santísima de Guadalupe, toda la nacion mexicana, convertida con tanta suavidad y facilidad, que no hubo un solo pueblo que persiguiera á su predicador, como lo hacian los antiguos idólatras? ¿No lo diria el hecho mismo de haberse unido y aliado tan íntimamente entre sí las naciones que han formado un solo pueblo, sin haber en tres siglos tratado de sacudir el yugo, y recobrar el dominio libre de su pais? ¿Quién ha mediado y conciliado intereses tan opuestos, sino la unidad de una religion, de una fé, de un bautismo? Y no se nos diga que esto se debe al abatimiento y miseria de los puros indios, porque este mismo abatimiento se debe á la paciencia y sufrimiento con que lo han llevado; y este sufrimiento y paciencia se deben á la religion santa que de corazon abrazaron, y que profesan con nosotros. Es menester confesarlo, que á María Santísima de Guadalupe se debe, no solo el principio, sino el progreso y la conservacion del cristianismo entre los indios.

Siendo esto así, como lo acreditan hechos y testimonios de tanto peso, nos admiramos cómo haya habido lengua y pluma tan atrevida que haya osado poner duda ó sospecha en el milagro, y ver con indiferencia esta gracia exquisita de María; pero esto es propio efecto del zelo y la soberbia, y es al mismo tiempo una prueba mas de ser ésta una obra de Dios, puesto que el enemigo de la salvacion siempre ha atentado contra los mas altos misterios, y obras

santas y misericordiosas del Señor, valiéndose de los mismos hombres, á quienes seduce y ofusca, para que se aparten de la fé y la piedad, y con sus escritos y ejemplos de impiedad seduzcan á muchos y los traigan al camino de la perdicion. Esta reflexion nos hace conocer cómo ha podido darse un absurdo de tanto tamaño; el cual, ciertamente no desacredita al portento, ni deslustra la obra del Señor; porque por tanto permite Dios la ominosa sombra de la oposicion de los hombres perversos, por cuanto la refutacion con que se les quita la máscara y se descubre su error y su impiedad, dá mayor firmeza á la creencia, y establece de un modo victorioso la verdad vindicada. Así es como vemos hoy que ese devoto simulacro de María, con el milagro permanente de su subsistencia, vence y deshace las imputaciones de sus adversarios, y se burla de los esfuerzos débiles y efimeros con que han intentado derrocar los sólidos fundamentos del prodigio, y desconocer el crédito de una tradicion tan antigua, tan permanente, y tan autorizada. Pero ya es tiempo de que cerremos este breve compendio de las maravillas de María de Guadalupe, con la descripcion, tambien breve, de la bellísima y devotísima Imágen, extractada, de la que dá el Br. D. Miguel Sanchez, y se imprimió en la ciudad de Puebla en 1660, cuya noticia no está de mas para aquellos devotos mexicanos de las provincias distantes, que no tienen como nosotros, la dicha de ver con sus ojos el portentoso simulacro.

El ayate ó tilma en que está estampada la Santa Imágen, es de dos varas, poco mas de largo, sobre una y algo mas de ancho, y su tegido es de un hilo de maguey toseco, nudoso y mal torcido: está hecha de dos lienzos, teniendo la costura por en medio, de abajo á arriba, la cual, sin embargo, no pasa por el rostro, pues se inclina á la izquierda. La estatura de la Imágen es de seis palmos y un gema, y está en pié en una postura muy modesta y devota; mas como si estuviera para doblar las rodillas, apoyada sobre la izquierda, parece que levanta un poco la derecha: tiene las dos manos delante del pecho, y unidas por las palmas con las estremidades elevadas hácia el rostro: la cabeza la tiene devotamente inclinada hácia el hombro derecho; el cabello es negro y liso, y dividido hácia una y otra parte de la cabeza, deja la frente libre y espaciosa: tiene los ojos modesta y graciosamente bajos, de modo, que dejando ver apenas la pupila del ojo, no puede bien conocerse de qué color sea, y sí solo se deja entrever en ellos una belleza suma: las

cejas son delgadas y arqueadas con mucha gracia: los párpados caen suavemente sobre el ojo en la forma dicha: la nariz es hermosa y perfilada: las megillas frescas y medianamente llenas: la boca pequeña y bien formada: la barba graciosamente aguda: el cuello, y las muñecas de las manos perfectamente redondas y torneadas: su color es un tanto cuanto blanco, que tira á trigueño rosado, ó por mejor esplicarnos, trigueño nevado, como el de los indios de este pais, y su encarnacion escede á toda arte y toda imaginable belleza, causando á todos admiracion, que no teniendo aquellos coloridos vivos de que resulta la belleza en hombres y mugeres, con todo eso, aquel rostro virginal y divino, aparece tan hermoso, que se arrebatan los corazones y las almas de cuantos le miran. ¡Prueba de la oculta y soberana virtud que Dios ha puesto en ella, y que mas que los ojos con su belleza, se arrebatan el amor con su atractivo. Su vestido es túnica talar de color de rosa un poco claro al lado izquierdo, y mas oscuro al derecho, como que le hiera la luz por la izquierda, y le cubre la sombra por la derecha, lo que hace que en esta parte tire el color á vermellon; y toda ella llena de filetes dorados, maravillosamente encadenados entre sí, en una labor graciosa, que parece bordadura: el cingulo es de color morado, y haciendo un lazo en medio de la cintura, debajo de las manos, deja caer con elegancia las estremidades de ambas partes. El manto, cubriendo con decencia la cabeza y todo el cuerpo, tiene un pliegue hácia atras que le hace caer graciosamente hasta los piés, y una parte que tiene recogida ó doblada en el brazo izquierdo hace su giro aun mas garboso; su color es azul que tira á celeste, y está salpicado, á proporcionadas distancias, de cuarenta y seis estrellas; y toda su orla brilla y resplandece con una fajilla de oro que corre en derredor. Su pié izquierdo está cubierto con la túnica, y del derecho solo se ve la punta calzada de color pardo oscuro; con ambos estriba sobre una media luna en menguante, cuyas estremidades se alzan por uno y otro lado á una mediana altura. Hácia la parte del cuello cierra la túnica con una laminita redonda de oro esmaltado, dentro de un pequeño cerco negro, y su centro lo ocupa una cruz. Las mangas de la túnica son redondas, y caen sueltas al rededor de las manos, dejando ver otras mangas ajustadas al brazo, como de piel, de un color oscuro, y en el bordo se descubren los puños de la camisa, de pequeñas puntas labradas. La cabeza está coronada con corona de oro imperial, y todo el cuer-

y conducido el indio á su presencia le dió su mensage, añadiendo que llevaba las señas que le habia mandado pedir á la Señora. Desplegó entonces su tilma, y cayendo las rosas, apareció pintada en ella la imágen de María Santísima, como se ve el dia de hoy. Asombrado el obispo, se postró con todos los asistentes, adorando la milagrosa imágen, y bendiciendo á Dios por tantas maravillas, ya de las misericordiosas apariciones de María Santísima, ya de una pintura milagrosa y tan bella en un grosero ayate, ya de unas rosas tan frescas y olorosas, cogidas en un árido cerro en lo mas rigoroso del invierno. Puesto luego en pié desató al indio el nudo de la manta que tenia atras en el cerebro, y la llevó á su oratorio, donde la colocó con decencia, deshaciéndose en alabanzas y accion de gracias á la benignísima Reina de los cielos, que habia distinguido tanto á los mexicanos, regaládoles su prodigiosa imágen.

Detuvo aquel dia el Sr. obispo á Juan Diego en su palacio, haciéndole agasajo; y al siguiente le ordenó que fuese en su compañía y le señalase el sitio en que mandaba la Virgen Santísima se le edificase el templo. Llegados al parage, señaló el sitio y sitios en que habia visto y hablado las cuatro veces á la Madre de Dios; y pidió luego licencia para ir á ver á su tio Juan Bernardino, á quien habia dejado enfermo. Concedióselo el obispo, y envió con él á algunos de su familia, ordenándoles que si en efecto hallaban sano al enfermo, lo trajesen á su presencia. Así era en efecto: Juan Bernardino estaba perfectamente sano, y hablando con él su sobrino y los españoles que iban en su compañía, supieron de él que en aquella misma hora y punto en que aseguró á Juan Diego de la milagrosa curacion de su tio, se habia aparecido á éste, y dándole la salud le habia dicho: "que era su voluntad se le edificase un templo en el lugar que su sobrino Juan Diego la habia visto; y asimismo, que á su imágen se llamase *Santa María de Guadalupe*." Mas no dijo la Señora la causa de este apellido. Entendido todo por los enviados del obispo llevaron á su presencia á los dos indios; y habiendo el prelado examinado á Juan Bernardino acerca de su enfermedad, y del modo con que habia recobrado la salud, y de la forma que tenia la Señora que se la habia dado, hallando su exposicion conforme en todo con lo que de antemano le habia dicho Juan Diego, se cercioró completamente de la verdad con que hablaban, y luego los llevó consigo á su palacio.

Ya se habia difundido por todo el lugar la fama del milagro, y

acudían los vecinos de México al palacio episcopal á venerar la imágen; mas fué en tanto número, que el obispo se vió precisado á llevar á la iglesia mayor la santa imágen y colocarla en el altar para que todos satisficiesen su devocion. En ella estuvo todo el tiempo que tardó en edificarse una capilla que se fabricó en el lugar que habia señalado el indio y en que despues se colocó con procesion y fiesta muy solemne la portentosa imágen.

El bachiller Luis Becerra Tanco, de cuya historia ó narracion circunstanciada y muy averiguada de este gran suceso hemos extractado la precedente, copiándola á la letra en muchas partes, concluye asegurando que lo que en su escrito se contiene es la tradicion mas exactamente recogida y depurada hasta el mayor grado de certeza, de manera que cualquiera circunstancia que se le añada, sino fuere absolutamente falsa, será por lo menos apócrifa; y que la forma en que se ha referido es muy conforme á la precision, brevedad y fidelidad con que los naturales cuerdos é historiadores de aquel siglo escribian, figuraban y referian los sucesos memorables: que hasta el punto referido llega la tradicion primera, mas antigua y mas fidedigna; y por último espone su sentir acerca del apellido de Guadalupe que tiene la santa imagen; y es que los españoles entendieron mal desde un principio el nombre que pronunció Juan Bernardino, ó con el tiempo le corrompieron, y por la semejanza de su sonido con el de *Guadalupe* del reino de Castilla, y la habitud de pronunciar éste los hijos de España, vinieron á llamarla por último *de Guadalupe*; pero que el indio Juan Bernardino lo que pudo decir en su idioma fué *Tequatlanopeuh*, cuya significacion es "*la que tuvo origen de la cumbre de las peñas*," porque entre aquellos peñascos vió la vez primera Juan Diego á la Virgen Santísima, y la cuarta vez (cuando le dió las rosas y su bendita imágen) la vió bajar de la cumbre del cerro de entre las peñas. Congetura tambien Becerra Tanco que pudo pronunciar el indio este otro nombre *Tequantlaxopeuh*, que significa *la que ahullentó ó apartó á los que nos comian*. Confirma su sentir con la razon demostrativa de que las dos letras *g d* que entran en el vocablo *Guadalupe* no las admite ni pronuncia la lengua mexicana; de modo que si á un indio puro, como fueron los ya citados y de tan reciente trato con españoles, se le quisiese hacer pronunciar la palabra *Guadalupe* no podria, sino que á lo mas diria *Tequa-*